

tosos aparatos hasta ahora empleados. Hace algunas rectificaciones a aseveraciones del Dr. Torres Estrada, a saber: fué el Dr. Don José Luis Torroella el primero que observó y publicó la presencia de microfilarias vivas en los tejidos oculares; de dicha primera observación fueron testigos, cuando menos, el Dr. Lino Vergara Espino y el propio Dr. Martínez Báez; la observación del Dr. Rafael Silva, aun cuando hecha antes que la del Dr. Torroella, fué publicada después que la de éste; el hallazgo de microfilarias en cortes histológicos de ojo, debido al Prof. Ochoterena, fué efectuado en el mismo ojo en el que el Dr. Torroella vió las microfilarias vivas por primera vez y, por lo mismo, la observación de Ochoterena es posterior a la de Torroella. Todos estos hechos constan en documentos y, por lo mismo, es indiscutible que la primacía en el hallazgo de microfilarias en el ojo corresponde entera al Dr. José Luis Torroella.

## Nueve siglos de trabajos médicos y de beneficencia, de los caballeros hospitalarios de San Juan de Jerusalem \*

Por el Coronel M. C. J. JOAQUIN IZQUIERDO

Con el material ampliado y revisado, de diversas conferencias sustentadas en 1936 y 1938 ante las Academias de Medicina de Nueva York y de Richmond, Va., y publicadas en el Boletín del Instituto para la Historia de la Medicina, de la Universidad de Johns Hopkins (1938, tomo VI, página 399-466; 495-613 y 617-819), el distinguido socio correspondiente de esta Academia, doctor Edgar Erskine Hume, formó un interesantísimo y bello libro que lleva por título "La Labor Médica de los Caballeros Hospitalarios de San Juan de Jerusalem".\*\* Es obra basada en laboriosas y precisas búsquedas bibliográficas, escrita en forma interesante, reveladora de la serena admiración con que su autor expone los hechos de la Orden a que pertenece, y que nos ilustra ampliamente acerca de la altísima misión humanitaria, que ésta ha venido desarrollando desde hace más de nueve centurias. Garrison, que en su erudita Historia de la Medicina (2a. edición, 1917) con-

\* Leído en la sesión celebrada el 18 de febrero de 1942.

\*\* *Medical Work of the Knights Hospitaliers of Saint John of Jerusalem.* By Edgar Erskine Hume. Foreword by his Most Eminent Highness Fra. Ludovico Chigi-Albani. Preface by Lieutenant-General Sir Aldo Castellani. K.C.M.G. Institute of History of Medicine of the Johns Hopkins University. 1940. Baltimore, The Johns Hopkins Press. xxiv + 372 páginas, 175x260 m.m. 130 ilustraciones.

sidera que la más alta gloria de la Medicina Medioeval estriba en haber organizado hospitales y haber cuidado de los enfermos, inspirada en las enseñanzas de Cristo (página 160), asienta que entre las Ordenes que se ocuparon de tales trabajos, la de los Caballeros de San Juan de Jerusalem, tras de convertirse en puramente militar, declinó en el siglo XIII (página 162). El libro del doctor Hume, aunque no hace mención de este aserto, lo contradice, puesto que no sólo proporciona datos demostrativos de que la humanitaria labor de los Hospitalarios seguía todavía en ascenso después del siglo XIII, sino que nos revela que su declinación aún no alcanza su ocaso, puesto que en nuestros días sigue llevando a cabo importantes obras para la realización de sus ideales.

El libro constituye, además, documento interesantísimo para la historia de los hospitales y dispensarios, y como tal, no sólo nos ilustra acerca de los edificios, dotaciones, administración y funcionamiento de los primeros hospitales modelos que llegaron a existir en el mundo, sino acerca de la humanitarísima manera de tratar a los enfermos, de que desgraciadamente se encuentran ahora tan alejados tantos establecimientos similares de nuestros días.

No menos nos ilustra acerca de los verdaderos y remotos orígenes de la humanitaria decisión de que las naciones beligerantes auxilien con igual solicitud a sus propios heridos y a los del enemigo, que aunque referida corrientemente a la meritoria obra del célebre ginebrino Henry Dunant y a la fundación de sociedades del tipo de la Cruz Roja (Ginebra, 1864), en realidad ya venía siendo puesta en práctica por los Hospitalarios, desde el siglo XI. Los primeros ensayos de prácticas sanitarias y de diversas labores de asistencia social; las actividades de los primerísimos médicos militares que existieron, y otras muchas cuestiones de igual interés, se encuentran también descritas en la obra. Ante la imposibilidad de que todas pudieran quedar comprendidas en este resumen, me conformaré con repasar brevemente las que me han parecido más salientes, aunque en un orden que no corresponde al del original. Las ilustraciones que acompañan a este relato han sido impresas con los mismos fotograbados originales de la obra que, al efecto, me fueron facilitados gentilmente por el señor doctor Hume y por la Johns Hopkins University Press.

Para poder apreciar las actividades médicas y de beneficencia

cia cuya reunión constituía el deber de los **Hospitalarios** que éstos designaban con la palabra **Hospitalitas**, Hume toma como base las tres grandes épocas por las que fué pasando la Orden a consecuencia de sus vicisitudes políticas. La primera comprende desde su fundación en Jerusalem, en el siglo XI, hasta su traslado a la isla del Malta, en 1530; la segunda, cubre el período de ocupación de dicha isla (1530-1578); la tercera, se extiende de la pérdida de la isla de Malta hasta la actualidad (1798-1940).

**Primera época.**—Hacia el tiempo de la Primera Cruzada, el Hermano Gérard fundó en Jerusalem, entre 1048 y 1070, una iglesia, un monasterio y un hospital. Este quedó a cargo de un grupo de hombres que se llamaron a sí mismos "los pobres hermanos del Hospital de San Juan". Su propio fundador fué quien los puso bajo la protección de San Juan Bautista y quien estableció que usaran el hábito con la cruz de ocho puntas, que no tardó en ser muy conocida tanto para cristianos como para musulmanes.

En 1113, el Papa Pascual II reconoció a la hermandad.

El viejo convento fundado por estos hermanos, existe todavía al sur de la Iglesia del Santo Sepulcro, sobre un terreno conocido con el nombre de **Muristan**. Del hospital, sólo quedan ruinas, cuyas macizas paredes, recios pilares de piedra y la hermosa portada que daba acceso al edificio, son indicios de su antiguo esplendor. En 1177 recibió unos 750 heridos de la batalla ganada a Saladino en Tel Diezer, y después de la recaptura de Jerusalem por los Cruzados, pudo alojar a más de 900, pero se asegura que tenía cupo para más de un millar y, según algunos, hasta de dos millares. Podía ingresar a él quienquiera que estuviese enfermo y necesitado, sin que para ello se parasen mientes en que fuese musulmán, judío o cristiano. Juan de Würzburg, que lo visitó en 1160, quedó maravillado del enorme número de hombres y mujeres que en él eran atendidos diariamente; de ver que en un solo día sacaran de sus salas hasta 50 muertos, que en el mismo espacio de tiempo quedaban reemplazados por el ingreso de un número igual o mayor de enfermos, y de que además de las enormes sumas exigidas para su sostenimiento, el hospital repartiara todavía sumas adicionales entre enfermos que vivían fuera de él.

Como lo que fundamentalmente se buscaba, era que los numerosos peregrinos que entonces acudían a la Tierra Santa, pudiesen

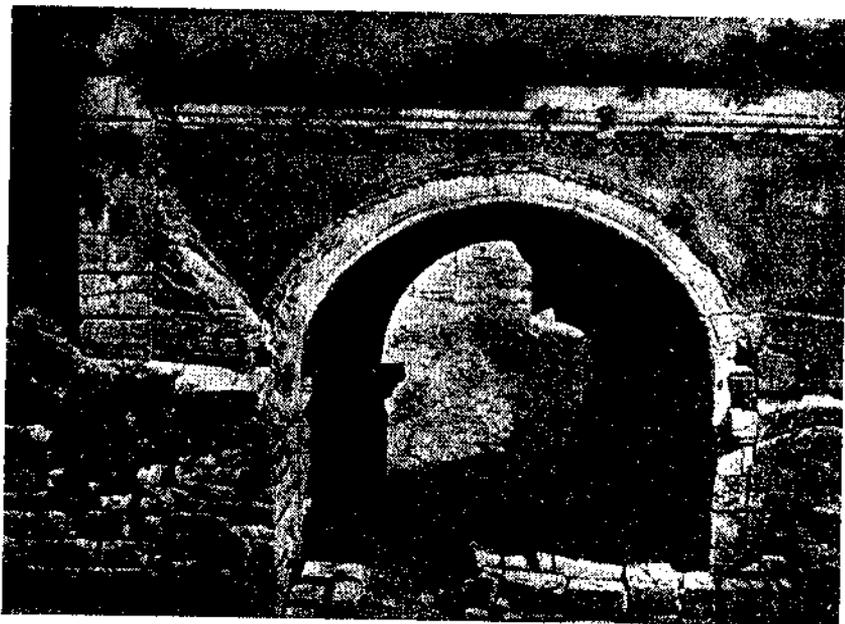


Figura 1. —Las ruinas del Muristan de Jerusalem, en su estado actual.

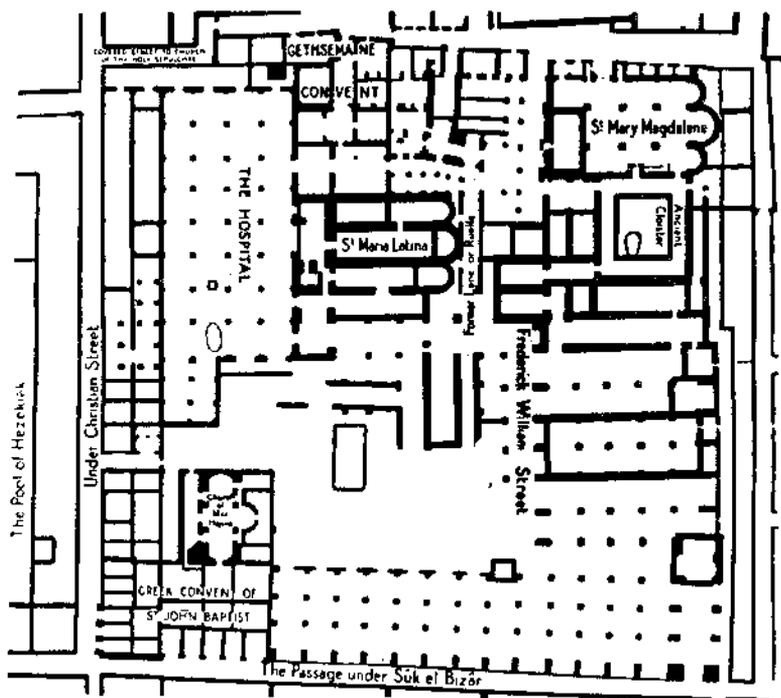


Figura 2.—Plano moderno del Muristan de Jerusalem. Indica la situación tanto de las construcciones que subsisten como de las que han desaparecido. El Hospital señalado es el primero fundado por los Hospitalarios, y del que tomaron su nombre.

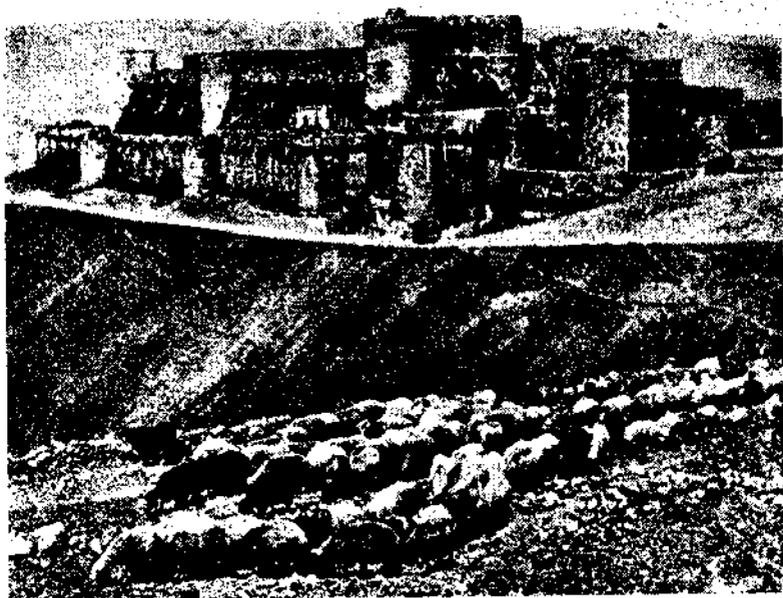


Figura 3. Castillo de Qual'at-el-Husn, en parte destinado a hospital, ejemplo magnífico de las construcciones levantadas por los Caballeros Hospitalarios. Fotografiado en 1935.



Figura 4.—Castillo levantado por los Caballeros Hospitalarios en la isla de Cos, señalada como lugar de nacimiento de Hipócrates. Fotografiado en 1905.

ser atendidos en caso de enfermedad, no sólo en Jerusalem, sino en todos los puntos de las rutas que seguían, los Hospitalarios empezaron a fundar en Europa otros muchos hospitales, como el del Santo Sepulcro, de Florencia (1050), cuyo edificio todavía puede verse hacia uno de los extremos del Ponte Vecchio; el de San Juan, de Pisa (1113); el del Espíritu Santo, de Montpellier (1145); el de Brandemburgo (1160), etc. Además, empezaron a fundar diversas ramas de su Orden, como la de Escocia, que parece que ya existía en 1124; la de Inglaterra, fundada desde 1130, y la de Irlanda, establecida desde 1174.

Como no hay que olvidar que Jerusalem ha sido la Ciudad Santa, lo mismo para los cristianos y los judíos, que para los mahometanos, Saladino realizó en 1187 su ambición de arrancarla de manos de los cristianos, cuando éstos ya llevaban 88 años de tenerla.

Con magnanimidad que ningún príncipe de toda la Cristianidad hubiera tenido entonces con los habitantes de ninguna ciudad musulmana indefensa, Saladino dejó que la guarnición de la plaza saliera con todos los honores de la guerra; permitió que diez Hospitalarios permaneciesen en su hospital, para cuidar de los heridos, hasta que ya pudiesen caminar, y proporcionó escoltas que acompañaran a los que estuvieron saliendo de la ciudad durante los 40 días siguientes. Después, el hospital quedó convertido en mezquita.

Con grandes dificultades, puesto que la mayor parte de sus fondos se había gastado en redimir a los que habían quedado cautivos en Jerusalem, los Hospitalarios trasladaron sus enfermos, primero a Tiro, y luego a Margab, en donde restablecieron en muy modesta escala su hospital, hasta la llegada de Ricardo Corazón de León, con su ejército de la Tercera Cruzada (1191). Poco después, apenas conquistado Acre, se trasladaron a este nuevo sitio y restablecieron allí el hospital, con extensión e importancia apenas inferiores a la que había tenido en Jerusalem.

Según una hermosa leyenda medioeval, Saladino se presentó a este hospital disfrazado de mendigo y simulando males de los que pedía ser curado. Una vez admitido, declaró al guardián del hospital, con aire de gran desconsuelo, que desesperaba de hallar su salud, visto que no había más que un remedio capaz de devol-

vérsela, pero que consideraba imposible de obtener. Como se le prometió que lo tendría, siempre que se le tuviese al alcance, el supuesto mendigo declaró que lo que necesitaba para su bien, era el corazón de Moriel, el noble corcel del Maestre, que éste mucho amaba porque lo había llevado gallardamente en numerosas cargas contra los infieles. Se le propusieron otros muchos remedios, pero como él los rechazaba siempre y declaraba que sólo con el precioso bocado que pedía llegaría a recobrar salud y fuerzas, hubo de comunicársele al Maestre petición tan extraña. Este, fiel a los principios de los Hospitalarios, ya había consentido en que su caballo fuese sacrificado con tal de que la vida del hombre se salvara, cuando Saladino pidió que antes se le dejara hablar con él a solas, y entonces se le reveló diciéndole: "Sabe, oh Maestre de los Caballeros, que no soy otro sino Saladino, que, aunque inerme y a tu merced, sabe que no corre peligro. Porque hombres que con todo y que son cristianos e infieles, saben cuidar tan tiernamente a enfermos y heridos, no pueden tener por jefe a quien pueda dañar al huésped que albergan dentro de sus murallas. Para lo sucesivo ya sabré cómo respetar a tu Orden". Y agrega la leyenda que cuando el gran sarraceno regresó a su patria, satisfecho de la prueba a que había sujetado a los Hospitalarios, les envió un pliego cerrado con un documento en el cual les hacía donación de mil bezantes anuales, pagaderos lo mismo en tiempos de paz que de guerra.

En 1291, San Juan de Acre fué capturado por los sarracenos y los Hospitalarios tuvieron que trasladarse a la isla de Chipre, y en la ciudad de Limassol, de ésta, levantaron su cuarto hospital. Allí la Orden empezó a adquirir poder, y como se diera cuenta de que con el auge de los piratas berberiscos había surgido para los peregrinos un nuevo peligro del que debía protegerlos, empezó a construir galeras y con el tiempo se llegó a convertir en la potencia naval más poderosa del Mediterráneo. Valiéndose entonces de sus propias galeras, más de otras enviadas por Génova, Marsella y Chipre, fué como en 1306 logró apoderarse de las islas de Rodas, de Cos y otras más, en las que desde luego se apresuró a levantar extensas fortificaciones, cuyo enorme costo pudo sufragar, gracias a que casi al mismo tiempo le fueron transferidas las posesiones y rentas de los Caballeros Templarios que,

una vez perdida Jerusalem, fueron suprimidos porque se consideró que ya no estaba justificada su existencia.

Hacia esta época la Orden ya se había asignado el título de Soberana Orden Militar, y había llegado a su estado de organización definitivo, resultante de que al deber fundamental de aliviar los sufrimientos de enfermos y heridos, sin distinción de razas y credos y lo mismo en la paz que en la guerra, se había agregado el de proteger a los hospitales y a sus enfermos, de los ataques de los enemigos de la Cristiandad. En efecto, desde muy temprano en la historia de la Orden, se comprendió que sus componentes no podían seguir siendo meros "no-combatientes", sino que era preciso que fueran "médicos-guerreros", que como los médicos militares de nuestros días (de quienes vienen a ser, sin duda alguna, los más antiguos precursores), compartiesen con los guerreros los peligros del campo de batalla. En consecuencia, que para poder desempeñar debidamente sus funciones, lo mismo deberían estar capacitados para asestar golpes terribles al enemigo, que para curarle después sus heridas, con la misma solicitud que a sus propios camaradas. Y así fué como la Orden adquirió el carácter militar.

En un principio sólo eran admitidos al honor de poder servir a "nuestros Señores los enfermos" y de combatir a los infieles, quienes demostraban del modo más estricto la nobleza de su origen y se hallaban dispuestos a prestar votos de castidad, de pobreza y de obediencia. También desde muy temprano, quedó establecido que los Caballeros que componían la Orden fuesen de varias categorías, designadas como de **Gracia**, de **Justicia**, **Magistrales** y de **Honor y Devoción**.\* Se les dividió en 8 grupos según sus **lenguas** o países de origen, que en el orden en que eran considerados oficialmente eran: Provenza, Auvernia, Francia, Italia, Aragón, Inglaterra, Alemania y Castilla, y a cada lengua se la subdividió en fracciones dirigidas por Priors, Ballíos y Comandantes.

También contaba la Orden con Capellanes y Servidores. Se establecieron como dignatarios, primero al **Gran Maestro**, con título de Alteza Eminentísima; luego al **Gran Comandante** o **Gran Preceptor**; luego al **Gran Mariscal**; al **Gran Hospitalario**, **Ropero**,

\* Hasta muy posteriormente se empezaron a admitir **Donantes** y aun algunas **damas**.

y después al **Almirante**, al **Turcopolero** o Jefe de la caballería ligera, al **Gran Bailío** y al **Gran Canciller**. El poder Legislativo supremo correspondía al **Capítulo General**.

Muchos de los términos que desde esta época aparecen en los **Estatutos** y **Usanzas** de la Orden y que desde entonces se hicieron de uso corriente en ella, requieren explicación. Así, los Hospitalarios se consideraban formando una "Religión" o sea una "Liga" (de **religare**, ligar, unir); a su **Cuartel General** lo llamaban **Convento** y lo definían como el lugar donde se hallaban el Gran Maestro o su Lugarteniente, su iglesia, su hospital y los albergues de las 8 lenguas, que eran a modo de clubs o centros de reunión para los Caballeros de cada **Lengua**. Cada albergue estaba bajo la dirección de un **Gran Pilar**. Las expediciones militares recibían el nombre de **Caravanas** y de **Caravaneros** los Caballeros que participaban en ellas.

Para 1440 ya tenían levantados en Rodas dos hospitales, de los cuales el más espacioso y que por muchos años fué el más famoso de todos los existentes, es una verdadera joya de arquitectura gótica, que a pesar de los daños considerables que sufrió durante los siglos que sirvió de cuartel a los turcos, pudo ser reparado y en la actualidad sirve de Museo y Monumento de los Caballeros Hospitalarios. Aunque ya aparece mencionado en documentos de 1311, que hablan del hospital "des seigneurs malades", el espléndido edificio que subsiste parece que no fué terminado hasta 1478. Tiene un gran vestíbulo de 51x12 metros, dividido sobre su eje mayor por una hilera de grandes columnas y arcos. Posee dos patios, uno de 8x7 metros, y el segundo de 21.5x23 metros, cuyos corredores altos dan acceso a una serie de cuartos aislados que se cree estaban destinados a enfermos contagiosos, lo que de ser cierto, implicaba un progreso enorme para el siglo XIV. Progreso indudable lo fué también el de que el Hospital de Rodas recibiera, por primera vez en la historia de los hospitales, a los enfermos incurables. Las habitaciones de la galería superior del lado sur estaban reservadas para los enfermeros, criados y demás personal. La botica ocupaba un enorme local.

El hospital, que primitivamente era conocido con los nombres de **Ospital** y de **Infermería**, pero que en una descripción de 1440 es llamado **Xenodochium**, no sólo recibía enfermos y heridos de

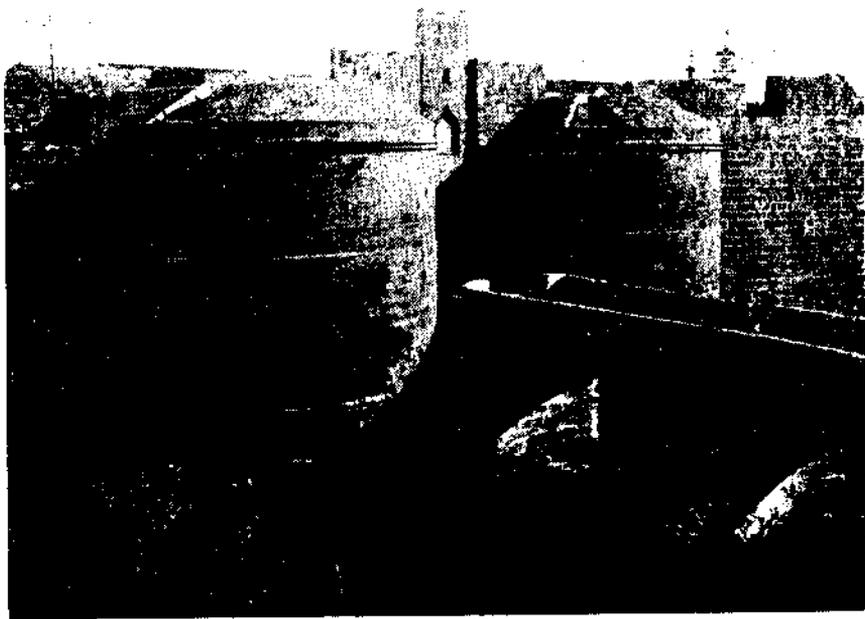


Figura 5. Entrada a las fortificaciones de los Caballeros Hospitalarios en Rodas. Fotografía de 1929.



Figura 6. Fachada oriental del Hospital de los Caballeros de San Juan, en Rodas. Fotografía de 1932.

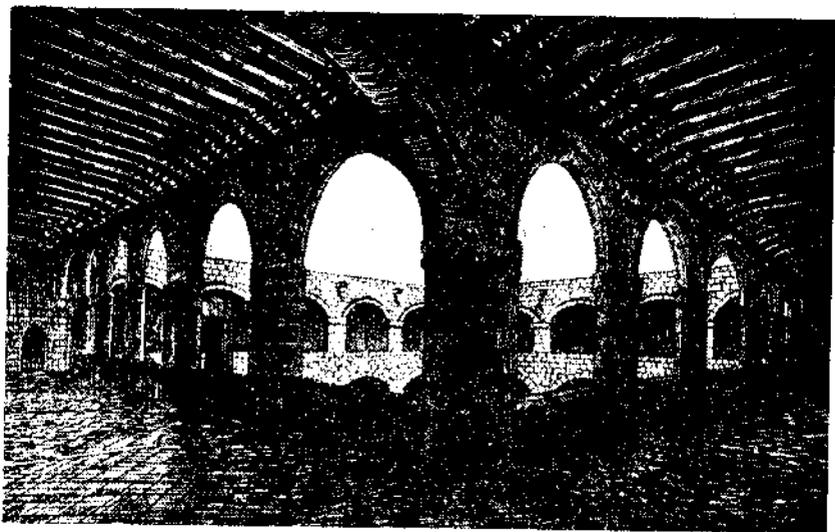


Figura 7.--Corredor del piso alto del Hospital de los caballeros de San Juan, en Rodas.



Figura 8.—Caballeros Hospitalarios atendiendo a los enfermos de la Gran Sala del Hospital de Valetta, Malta. (De un grabado en madera, de los Estatutos de la Orden, de 1584).

ambos sexos, sino también niños expósitos, y al igual que los demás hospitales de la Edad Media, daba albergue a los peregrinos. Como requisito para admitir a los enfermos, exigía que estos se bañaran, confesaran, y comunicasen al Prior cuales eran sus últimas disposiciones, para el caso de que llegasen a morir. Una vez que habían ingresado, ya no se les permitía ni que desobedecieran las órdenes de los médicos, ni que alteraran el régimen que se les había señalado, pero a cambio de estas exigencias, se les atendía con tierna solicitud.

Desde mucho antes que existiese el Hospital de Rodas, los Estatutos de la Orden ya precisaban el largo y el ancho que debían tener las camas de los enfermos, y prohibían que en un mismo lecho se pusiese a dos o más enfermos, como fué tan común que entonces lo hiciesen otros hospitales y como lo hacía todavía en pleno siglo XVIII el Hotel-Dieu, de París. La prohibición alcanzaba a la partera, a la que vedaban acostarse en el lecho de su enferma. Las camas del Hospital de Rodas estaban provistas de cortinas.

El Hospital estaba bajo el cuidado de un superintendente que llevaba el título de **Prodomo**, y contaba con médicos, cirujanos, escribientes y otros empleados, que en su totalidad trabajaban voluntariamente, con voto de pobreza y con la prohibición de aceptar cualquier clase de regalos. El Hospital y todo su personal estaba bajo la vigilancia del **Hospitalario**, puesto que siempre era desempeñado por el **Pilar de la Lengua francesa**. Ayudado por dos **prud'hommes**, tenía aquel a su cargo los inventarios del Hospital, y su función era fenida en tan grande estima, que el rango que se le daba era el que seguía al Gran Maestre y al Mariscal de la Orden. Los Estatutos establecían que los médicos fuesen "**aornez de science et pratique, honnestes personnes, experts et graves**" y que se les admitiese previo juramento y con la obligación de visitar a sus enfermos, dos veces por día, acompañados de sus enfermeros. El **Frate dell'Infermeria**, que estaba encargado de la ropa y demás materiales del hospital, también estaba obligado a visitar a los enfermos, a mañana y tarde. Los Estatutos eran severos en cuanto al tratamiento que debía darse a los "**Señores Enfermos**", que era a quienes ordenaban que ante todo se tuviese en cuenta. Al efecto, establecían que el hermano que de-

jara de dar a un enfermo alguna de las cosas que le eran necesarias, o que dejara de darle de comer antes que él y los demás hermanos lo hicieran, debería sufrir un castigo de siete días, y recibir azotes el miércoles y el viernes.

Igual tratamiento recibían los enfermos en los numerosos hospitales que ya para entonces tenían los Hospitalarios distribuidos por toda Europa. Lástima que, como justamente lo hace notar Hume, mucho se haya perdido de tan humanitario sentir en muchos de los hospitales modernos, en los cuales, por atender tan sólo a los progresos del arte y de la ciencia médica, no se ve a los enfermos sino como meros "casos".

Aparte de la adelantada organización de sus nosocomios, los Hospitalarios realizaron en Rodas otros importantes progresos de orden médico, tales como la creación, entre 1503 y 1512, de una comisión de salubridad (**Domini Sanitatis**). Estableció ésta, que toda persona que se hubiera expuesto a algún contagio, quedara aislada durante cuarenta días, de donde el término "cuarentena", pero que si había tenido culpa al exponerse al contagio, pagara además una multa de 50 ducados. A la gente de los barcos, a bordo de los cuales aparecía la peste, les prohibió bajar a tierra, so pena de muerte.

Como Rodas vino a quedar como el puesto más avanzado de la Cristiandad, que los Musulmanes más codiciaban y hacían objeto de sus más vivos ataques, en 1420 sufrió un sitio de tres meses, que pudo resistir; pero un siglo más tarde fué al fin capturada, 1522, por Solimán, tras de otro sitio de seis meses, durante los cuales 300 Caballeros y otros tantos servidores de ellos, unos 5,000 milicianos de paga y algunos centenares de nativos de Rodas, resistieron con prodigioso valor a un ejército de desembarque de 200,000 hombres y a una flota de 700 galeras. Rodas tuvo que ser abandonada y permaneció en manos de los turcos hasta 1912, año en que fué entregada a Italia, que luego restauró las construcciones de los Hospitalarios a su antigua belleza.

Con la esperanza de volver a conquistar Rodas, los Hospitalarios no llegaron a fijarse nueva residencia definitiva por espacio de siete años, durante los cuales establecieron un primer hospital en Civita Vecchia (1523) y luego otro en Viterbo (1527).

Cuando por fin comprendieron lo vano de su esperanza, lograron que el Emperador Carlos V les cediera las islas de Malta y Gozo, y la plaza de Trípoli (1530).

**Segunda época.**—Luego de su llegada a Malta, los Hospitalarios se propusieron levantar progresivamente las fortificaciones de su nuevo asiento y rehacer su marina. Pero como sus fondos habían mermado considerablemente durante los siete años anteriores, por lo pronto sólo se limitaron a establecer primero un hospital en el Borgo situado tras del Castillo de Sant'Angelo; a reconstruir luego un viejo hospital que sigue existiendo hasta nuestros días con el nombre del Santo Spirito, y agregar luego otro más, en 1532.

No llevaba mucho de establecida la Orden en Malta, cuando resultó considerablemente afectada por diversos sucesos ocurridos tanto en Oriente como en Europa, particularmente por las guerras entre Francia y España y más todavía, por los cambios religiosos promovidos por los Reformadores en Alemania y por Enrique VIII en Inglaterra. Al declararse éste, Jefe de la Iglesia Anglicana, los Hospitalarios ingleses se negaron a reconocerlo, a pesar del dinero que les ofreció para ayudarlos, y a resultas de su negativa varios de ellos fueron sujetos a tormento; otros fueron decapitados, y las posesiones que la Orden poseía en Inglaterra pasaron a propiedad de la Corona.

En 1565, Solimán el Magnífico se presentó frente a Malta con 200 barcos y 50,000 turcos y le puso un sitio que duró cuatro meses. Malta sólo contaba con 600 Hospitalarios, 6,000 malteses armados y unos 2,000 soldados llevados de diversas regiones de Italia; pero su defensa fué llevada a cabo con tanto valor y bajo la dirección acertadísima del Gran Maestre La Valette, que al fin el Turco tuvo que retirarse con grandes pérdidas. Con esto quedó apartado del Mundo Cristiano el gran peligro que lo amenazaba, y que pocos años después (1571) acabó por desvanecerse en Lepanto, la última gran batalla entre flotas de galeras que registra la historia. El escuadrón de galeras de los Hospitalarios, que participó en esta batalla y perdió en ella su barco insignia, que le fué tomado con gran matanza, llevaba a bordo médicos —verdaderos precursores de los médicos militares de la Marina— que se distinguieron grandemente por los servicios que prestaron.

Cinco años más tarde (1570), la capital y asiento de la Orden fué trasladada a otro punto de la isla que recibió el nombre de Valletta, en honor de su Gran Maestre. Se procedió desde luego a levantar en ella Albergues semejantes a los que había habido en Rodas, cuyos edificios pueden verse todavía, aunque dedicados a otros fines, y se empezó a levantar un nuevo gran hospital.

Quedó terminado éste en 1578, en la forma de un enorme edificio que, aunque sin los méritos arquitectónicos del de Rodas, es de ser admirado por las magníficas proporciones de sus salas y por la riqueza del equipo de que estaban dotadas. Se le levantó sobre la parte más baja del puerto, con el objeto de que los enfermos y heridos llevados por las barcas, pudieran ser transportados al hospital directamente, a través de un túnel, sin necesidad de hacer rodeos por las calles. La situación del hospital hoy parece criticable porque quedó expuesto al enervante viento scirocco y en cambio está privado de las sanas brisas del N. y N.O.

Tenía el hospital los pisos inferiores arreglados para alojar cómodamente al personal de galeras\* y a los soldados. Contaba con salas separadas de Medicina y de Cirugía y con otras en que eran atendidos por separado los enfermos de fiebres y los de disenterías. Para los convalecientes, tenía un departamento especial, y otro para dementes que, de acuerdo con las ideas del tiempo, en realidad era una prisión. Pero lo que era motivo de particular orgullo, era la llamada Gran Sala, que es uno de los salones de mayores dimensiones que se conocen, pues tiene 162 metros de largo por 10.6 de anchura y 9.35 de altura. Estaba dotado de 300 camas con bases de hierro, arregladas en dos hileras a lo largo de los muros, que se hallaban cubiertos con cortinajes descriptivos de la historia de la Orden. Suspendedos de un brazo de hie-

\* Sorprende enterarse de que una Orden creada para el servicio de tan altos ideales humanitarios hubiera podido tener esclavos para sus galeras, pero como conviene juzgar de esto, es a la luz de la época, que como necesitaba galeras cuya principal fuerza de propulsión era la dada por el hombre, veía con la mayor naturalidad que los galeotes existiesen y viviesen en condiciones espantosas, que sin embargo no impedían que a la mayoría de convictos de crímenes entre quienes se les reclutaba, se agregasen también hombres de condición lo bastante abyecta para que voluntariamente abrazaran "la profesión".

rro empotrado en el muro, colgaban por encima de las camas pabellones de cortinajes que durante el verano eran substituídos por un tejido de gaza que los convertía en mosquiteros, lo cual, aunque tal vez no era apreciado en todo su alcance, realizaba una importante medida profiláctica.

Vivían en el Hospital, dos médicos y dos cirujanos, que desempeñaban el papel de ayudantes de tres médicos y de tres cirujanos, que ejercían las funciones de jefes, y que por turnos sucesivos residían también, durante períodos de un mes, en el Hospital. Muchas de las operaciones quirúrgicas que se practicaban en Malta, particularmente las de la catarata, se hicieron famosas, y aun hay quienes consideren que los orígenes de la oftalmología moderna tienen allí muy hondas raíces. Todos los miércoles, los médicos se reunían para discutir el tratamiento de algunos de sus enfermos. Completaban el personal destinado a la atención de éstos, un cirujano-barbero, encargado de las pequeñas operaciones y de practicar la flebotomía; 20 enfermeros regulares, y los Caballeros, que tenían la obligación de atender a los enfermos, "no como si fueran sus iguales, sino como a Amos y Señores". Los novicios de la Orden tenían que cuidar lo mismo a los Caballeros que a los esclavos. Los sirvientes, por último, aparte de otros menesteres, contaban, recontaban y pulían la famosa vajilla de plata de que los Caballeros tanto se ufanaban de que sirviera para que los enfermos tomaran sus alimentos. La botica, instalada debajo de los grandes corredores de arcos que rodeaban el patio, estaba dotada de mayólicas espléndidas, rotuladas con los nombres de las drogas y hierbas que encerraban. Allí era donde se proporcionaba al par que los caldos y tisanas que prescribían los médicos de entonces con tanta profusión, las muletas, las hilas y los vendajes, y, sobre todo, las unções mercuriales, que al llegar la primavera se recomendaba que fueran hechas con profusión.

También tenía establecido el Hospital un servicio externo, al cual concurrían diariamente enfermos que recibían algún tratamiento, y además un servicio—que probablemente era entonces el único existente—para la atención de los enfermos pobres que vivían en la ciudad.

Semanariamente aparecían fijadas en el Hospital las listas con los nombres de los que deberían ser visitados y recibir medi-

camentos u otras ayudas. En estos trabajos, los Hospitalarios resultan verdaderos precursores de las modernas labores de la asistencia social. Además, como el cumplimiento de la **Hospitalitas** exigía que, además de los enfermos, fuesen socorridos los pobres, existía un **Limosnero** (ya mencionado en 1182), que distribuía vestidos y dinero a presos, viudas y niños pobres, a los ciegos, a los leprosos, a los baldados y a los que sufrían de cualquier otra incapacidad corporal.

Los niños expósitos eran recogidos dentro del propio Hospital, que les proporcionaba nodrizas, los cuidaba, y de los 8 a los 16 años les enseñaba algún oficio. A las niñas se las conservaba en el hospital de mujeres, en donde eran adiestradas para las labores del hogar. Cada año los Caballeros proporcionaban 7 dotes de 50 **scudi** para las muchachas que pudieran casarse. Las que cumplían los 21 años sin haberse casado ni separado para ir a servir alguna casa, quedaban empleadas en el departamento de mujeres.

Es fama que en época en que la disección era todavía muy poco permitida en Europa, en el Hospital de Malta se disponía ya corrientemente, tanto de los cadáveres de los enfermos, como de los de los Caballeros, y que como consecuencia se hallaba allí muy avanzado el conocimiento de la anatomía. Además, desde 1674 se empezó a prestar atención a los estudios médicos, y en 1682 se dispuso que sólo se permitiera que practicaran la Medicina, los estudiantes que hubiesen estado concurriendo regularmente al Hospital durante un período no menor de 10 años. En 1769, se creó la Universidad y quedó formando parte de ella la Escuela de Medicina que, a juzgar por diferentes documentos, en el siglo XVIII estuvo impartiendo enseñanzas en nada inferiores a las de las demás escuelas de su tiempo.

El cuerpo de los **Domini Sanitatis** siguió trabajando en Malta con todo empeño, por más que hay que reconocer que su labor no fué muy efectiva, a causa de que aún no era conocido el modo de transmisión de las enfermedades. Tenía que operar casi exclusivamente a base de cuarentenas de aislamiento que eran cumplidas en un hospital especial, situado sobre una pequeña isla, frente a Valetta.

Tocaba ya a su fin el siglo XVIII, cuando la Orden de los

Hospitalarios recibió tres grandes golpes que mucho contribuyeron a su decadencia. El primero consistió en la confiscación por la Revolución Francesa, de todos los bienes que poseía la Orden en Francia, pérdida que en 1792 se hizo definitiva, cuando Luis XVI, después de aceptar la Constitución, declaró que con todo y ser miembro de la Orden, ya no podía hacer nada para remediarla.

El segundo, aunque no de consecuencias inmediatas, consistió en que la Orden, que siempre se había mantenido independiente de los gobiernos, animada por grandes donaciones que le estaba haciendo Pablo I de Rusia y que parecía que iban a sacarla de su decadente estado financiero, decidió aceptar su protección (1797). Entre las donaciones recibidas, se contó la de un pensionado para soldados y marinos enfermos, que venía funcionando desde 1778, cuyo edificio subsiste hasta la actualidad y forma parte de la Escuela Naval del Gobierno Soviet. Desde entonces quedó colocada sobre la fachada del Hospital de esta Institución, la Cruz de Malta, que allí ha seguido hasta la actualidad, a pesar de las tremendas transformaciones por las que ha pasado Rusia.

El tercer suceso consistió en que, con pretexto de que su flota necesitaba tomar agua, pero en realidad para evitar que la isla cayera en manos de los ingleses, Bonaparte capturó Malta (1798), de acuerdo con un plan preparado con mucha anterioridad para tomarla "más por intrigas, que por derramamiento de sangre". Bonaparte hizo fundir la vajilla de plata del Hospital y cargó sobre su buque insignia L'Orient cuantos tesoros pudo sacar de su iglesia y de su palacio, sin no lograr más que ir a sepultarlos a la bahía de Abukir, en la que Nelson le hundió dicho buque, durante la batalla del Nilo.

De esta manera fué como los Hospitalarios perdieron definitivamente la isla de Malta, en junio de 1798, a los 268 años de haberla estado poseyendo.

**Tercera época.**—Después de la pérdida de Malta, los Hospitalarios se establecieron provisionalmente en Trieste, y desde luego protestaron ante las demás naciones por el tratamiento que habían recibido de parte del Ciudadano General en Jefe Bonaparte, que no sólo se había apropiado sus riquezas, sino que los había ultrajado. Porque al estar escogiendo lo que llevaba consigo y lo que dejaba, como se le pidiera su decisión acerca de un relicario

de oro y piedras preciosas en que guardaban como su más querido tesoro, una mano que en 1484 les había obsequiado el Sultán Bayazed II y que tenían por la que había bautizado a Cristo, Bonaparte había contestado burlescamente: "Que les dejen la carroña."

Pablo I de Rusia, al enterarse de que la Orden había perdido Malta, manifestó su decisión de restablecerla a su antiguo esplendor y aun con parte de su flota formó un escuadrón que puso bajo la bandera de la Orden. En consecuencia, una parte de los Hospitalarios lo proclamó Gran Maestre, cometiendo con ello una grave irregularidad, puesto que los Estatutos de la Orden establecían que el cargo de los Maestres fuese por toda su vida. Sin embargo, el antiguo Maestre se prestó a renunciar y el Autócrata de todas las Rusias pasó a ocupar su lugar y estableció desde luego una Prioría Ortodoxa. Comprendiendo entre tanto Bonaparte, que estaba en vías de perder Malta, ofreció devolverla al nuevo Gran Maestre, pero fué ya demasiado tarde, porque Nelson, con la ayuda de aliados portugueses, se apoderó de la isla y le puso como Gobernador al Capitán Ball (1800). Bonaparte lamentó entonces que, por pretender cumplir su fanfarronada de que tras de encadenar a Europa, a Asia, y a Africa a su Imperio, se construiría en Malta un palacio, desde el cual podría tener sujeta a Europa con una mano y a la India con la otra, hubiera sido él mismo quien hubiera trocado, lo que era una potencia neutral e inofensiva, en un reducto formidable de su adversario. Vino la Paz de Amiens (1802) y en ella quedó acordado que los Hospitalarios volvieran a tomar posesión de Malta y que ésta les quedara garantizada por las grandes Potencias. Pero como la Gran Bretaña no se mostró dispuesta a devolverla, Napoleón, ya Emperador, en una famosa escena violenta que tuvo en París con Lord Withsword, el representante inglés, llegó a exigir "Malta o la guerra". Y como no recibiera Malta, vino la guerra (1803). Cuando al fin se firmó el tratado de París (1814), la Gran Bretaña conservó no solamente Malta, sino también otras islas del Archipiélago Jónico.

Durante la breve ocupación francesa, el Ciudadano Médico en Jefe de los Hospitales de Malta redactó un informe, en el cual, tras de hacer diversas críticas, opinaba que "si el Hospital de Malta había sido tan alabado en tiempos de la Orden, tal recomenda-

ción sólo podría ser por la manera como había sido administrado: ...porque recibía enfermos de todos los países y porque no sólo había que fuesen solícitamente atendidos por los médicos más capaces, sino porque todos los servicios de que tuviesen necesidad les fuesen prestados con celo y asiduidad ejemplares." (1802).

Ya para 1827, la capacidad de la Institución se hallaba considerablemente reducida. En 1830, los ingleses levantaron otro hospital sobre el sitio mismo que Bonaparte tenía marcado para su soñado palacio.

Después de pasajera estancia en Trieste, la Orden Soberana se asentó transitoriamente en Catania y en Ferrara, y por último pasó a Roma (1834). Allí empezó a volver a reunir fondos, con el fin de reanudar sus actividades hospitalarias, y con la misma mira fundó un hospital en Roma, que sólo duró funcionando 20 años. Ansiaba también reiniciar sus labores en Jerusalem y, al efecto logró adquirir en ella un terreno que según la tradición ya le había pertenecido en 1110. En 1875 fundó en Inglaterra una Asociación Británica de Caballeros, y en 1885 estableció otra similar en España, buscando con ello empezar a revivir sus antiguas **Lenguas**. Las lenguas de Castilla y León y de Aragón y Navarra, en 1802 habían sido fundidas en una sola, que Carlos IV había declarado independiente e incorporado a su Corona, reservándose para sí y para sus descendientes el título de Gran Maestre. La Asociación Española ha persistido, pero no hay datos indicadores de que ella o la de Rusia, hayan vuelto a desarrollar trabajos de índole médica.

La Asociación Británica también ha subsistido, y aunque al principio de la Primera Guerra Mundial no contaba más que con unos 40 miembros, desde entonces estableció y sigue sosteniendo hasta la fecha, los Hospitales de San Juan y de Santa Isabel, de Londres. Además, desde 1934, sostiene en Uganda, Africa, un hospital para 150 leprosos, sin distinción de raza ni de nacionalidad.

En Francia, sólo hasta que el Gobierno autorizó el restablecimiento de la Orden (1892) fué cuando resultó posible volver a fundar una Asociación de Caballeros Franceses, cuyos trabajos, aunque reconocidos como de utilidad pública en 1924, han sido bastante limitados.

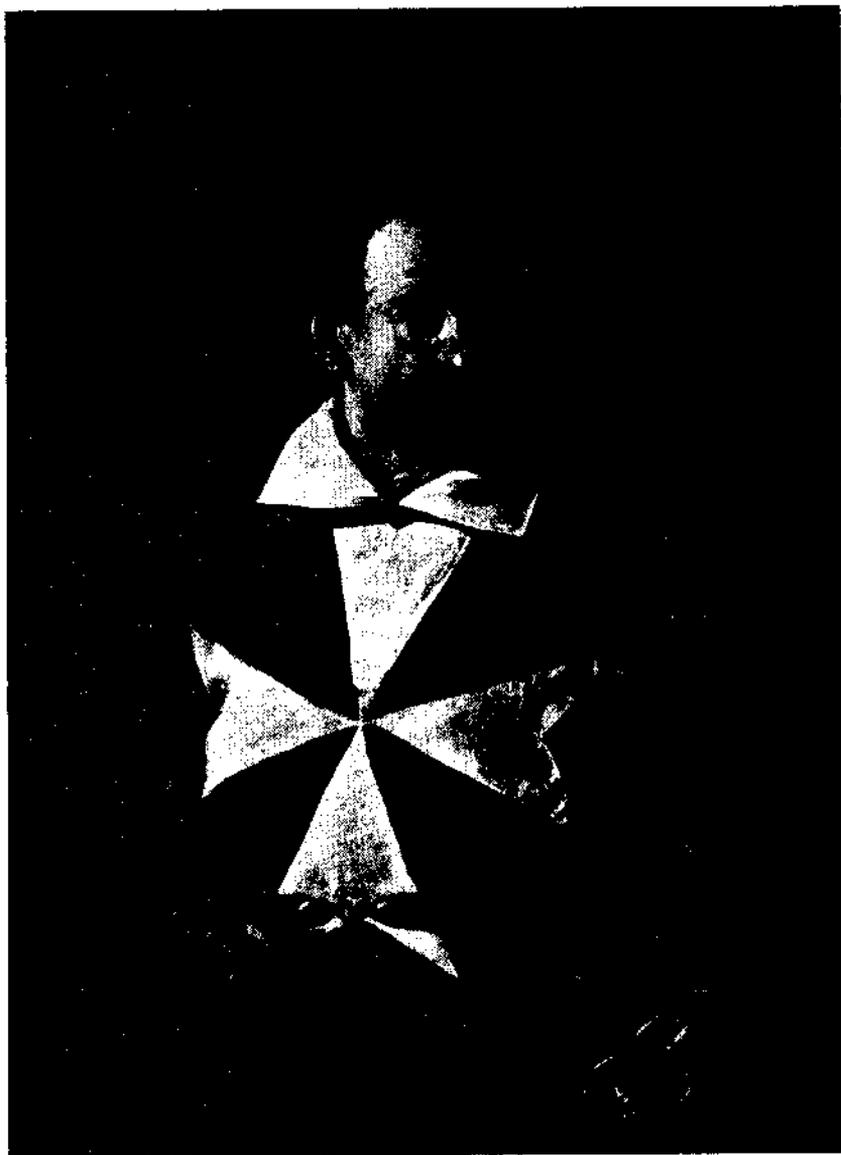


Figura 9.—Retrato de un Caballero de la Soberana Orden Militar de Malta, pintado por Niccolò Cassana (1659-1714), que se conserva en el Palacio Pitti, de Florencia.

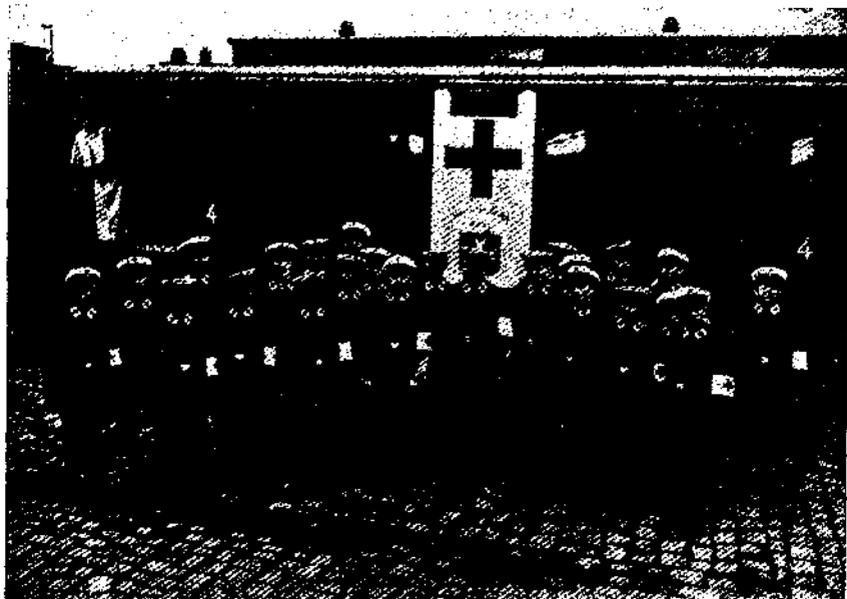


Figura 10.—Tren hospitalario y personal de la **Johannitteorden** o sea la Orden Prusiana de San Juan, durante la Primera Guerra Mundial. Lleva pintadas tanto la Cruz Roja como la Cruz de Malta, ambas reconocidas por la Convención de Ginebra como insignias de los no-combatientes.



Figura 11.—Interior de uno de los carros del tren hospitalario usado por la **Johannitterorden** en la Primera Guerra Mundial.

En cumplimiento de lo aprobado en 1937 por el IX Congreso Internacional de Medicina Militar, la Orden Soberana levantó recientemente un Gran Leprosario en el Africa Oriental.

En tiempos mucho más recientes, se han fundado Asociaciones en los Estados Unidos del Norte (1927) y en Irlanda (1933). Pero la Asociación Norteamericana no debe ser confundida con otros grupos (por lo menos cuatro) que, sin derecho para hacer uso de un nombre de tradición histórica, se llaman a sí mismos "Caballeros de Malta". Además, como lo hace notar el doctor Hume, se trata de organizaciones de carácter secreto, que los verdaderos Caballeros de Malta nunca tuvieron.

Aparte de los grupos pertenecientes a la Soberana Orden Militar, también existen otros grupos que, aunque originados en su seno, después se hicieron independientes.

El Grupo Prusiano de Brandenburgo (Johanniterriter), aunque separado de la Orden desde 1318, al celebrarse los Tratados de Augsburgo (1555) y de Westfalia (1648) logró que sus miembros, aunque Luteranos, quedaran reconocidos como pertenecientes a la Orden Soberana. Sin embargo, con la confiscación de bienes llevaba a cabo en 1810 por Federico Guillermo III, la orden acabó por desaparecer y quedó substituída por una Orden "para recompensar servicios meritorios a la Real Casa y a la Monarquía". En 1852 fué restaurada para que cumpliera con "sus deberes originales", pero ya sin conexión con la Orden Soberana. Este grupo fundó en 1859 un Hospicio en Jerusalem, que destinó a la atención de los peregrinos; atendió heridos en las guerras de Dinamarca (1864), de Austria (1866), Franco-Prusiana (1870-1871) y Primera Mundial (1914-1918). Además, presta ayuda a 55 hospitales.

Aparte de la Asociación Británica, que es rama de la Orden Soberana, desde 1858 existe en Inglaterra la Orden del Hospital de San Juan de Jerusalem, que se considera de carácter nacional e independiente. Los trabajos que viene realizando son de importancia y se extienden a todo el Imperio. Desde 1876 tiene fundado en Jerusalem un Hospital Oftálmico, ampliado en 1930 con un Anexo y con la creación de 10 clínicas en los alrededores de la ciudad, para el tratamiento gratuito, principalmente en judíos y árabes, de los numerosos padecimientos oculares que existen en el

Oriente. Desde 1877, formó la **Asociación de Ambulancias, de San Juan**, para adiestrar a hombres y mujeres en la prestación de los primeros auxilios, tanto en tiempos de paz como de guerra. En 1930 llevaba ya expedidos unos dos millones de certificados de instrucción, y sus asociados (ambulantes) llegaban a 60,000. También manufactura y distribuye a bajos precios materiales de primeros auxilios, y procura que haya depósitos de ellos en las minas y fábricas y en los centros de la industria y de mayor tránsito. La primera oportunidad para la atención de heridos la tuvo este Grupo Británico en la Guerra Franco Prusiana (1870-71). Luego en las de los Balcanes (1876), de Egipto (1882) y de Sud Africa (1899-1902). Durante la Primera Gran Guerra (1914-1918) proporcionó numeroso personal y estableció varios hospitales de campaña, de entre los cuales el más admirado fué el de Etaples (Francia), destruído el 31 de mayo de 1918 por un bombardeo del enemigo.

Los diferentes grupos de hospitalarios (alemanes, austro-húngaros, británicos, franceses e italianos) atendieron durante la primera gran guerra a no menos de 800,000 enfermos y heridos. A la guerra de España (1937-39) también mandaron elementos y se sabe que también lo están haciendo en la presente Guerra Mundial, aunque todavía no es tiempo de contar con informes concretos.

De intento he dejado para lo último la consideración de un suceso importantísimo, acaecido poco después de mediados del siglo pasado, que debe ser considerado como el resurgimiento y diseminación felicísimos de los ideales de cuidar con igual solicitud a los heridos propios y a los del enemigo, que los Caballeros de San Juan de Jerusalem venían sosteniendo desde hacía ocho siglos. Me refiero a la **Convención de Ginebra** (1864), que dió lugar a que en todo país civilizado quedara establecida alguna Sociedad de la Cruz Roja o de índole semejante. De sobra es sabido que el movimiento que condujo a su creación se derivó de la vívida descripción con que el célebre ginebrino Jean Henry Dunant dejó trazados, en su famoso **Souvenir de Solferino** (1862), los horrores de que había sido testigo después de la terrible batalla de Solferino, que dejó los campos regados de heridos que empezaban por implorar que se les diera agua y que se les atendiera,

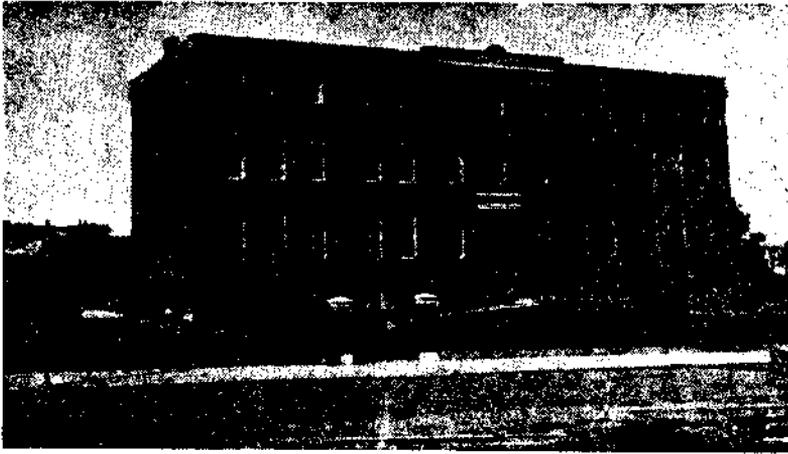


Figura 12.—Moderno hospital de 300 camas, levantado por la Soberana Orden Militar (Grupo Alemán), en Flensburgo, después de la Primera Guerra Mundial.

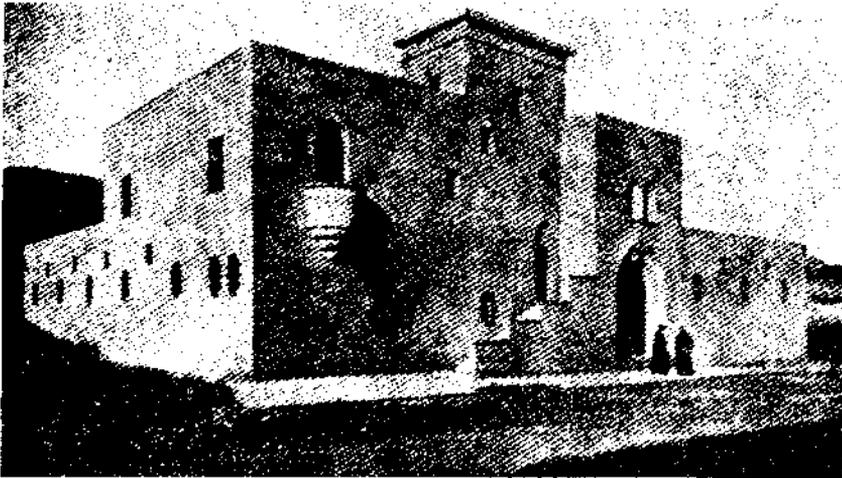


Figura 13.—Anexo del Hospital Británico Oftálmico, de Jerusalem, de la Orden Inglesa Independiente. La construcción de este anexo fué terminada en 1933.



Figura 14 --Grupo de ambulantes de la Brigada de Ambulancias de San Juan de la Orden Británica. Fotografía de la época de la Guerra del Transvaal (1900).



Figura 15.--Sala del Hospital de Etaples (Francia), sostenido por la Orden Británica Independiente de San Juan. Hacia la época de la ofensiva del Somme (1916), tenía capacidad para 88 jefes y 744 oficiales y soldados. Quedó destruido por la artillería enemiga el 31 de mayo de 1918.



Figura 16.—Tren Hospital de los Caballeros Hospitalarios Italianos durante la Primera Guerra Mundial. Véase que los heridos llevan uniformes italianos, austriacos, y franceses, como cumple a la tradición de que amigos y enemigos reciban igual atención médica.



Figura 17.—Compañía de Voluntarios de la Asociación Italiana de Caballeros Hospitalarios de la Soberana Orden Militar, que sirvió en la Guerra de Etiopía (1936).

pero que cuando su abandono se prolongaba, acababan pidiendo la muerte, como el mayor de los beneficios. Como resultado de la Convención de Ginebra (1864) fué como se llegó a establecer el compromiso internacional de que las naciones beligerantes se obligasen a dar tratamiento médico humano y sin distinción, lo mismo a sus propios heridos que a los del enemigo. Buscándose entonces emblema adecuado para tan elevados propósitos, la Convención de Ginebra escogió felizmente la bandera de Suiza, país en cuyo seno el movimiento internacional había sido inspirado. Se limitó a invertir solamente los colores, dando el rojo a la cruz y el blanco al fondo. Lo curioso es que si de esta manera el emblema de la Cruz Roja no se derivó directamente del de la Orden de Malta, de modo indirecto sí vino a ser la continuación de la bandera de los Hospitalarios, que es la más vieja de las que ostentan una cruz y de la que se han derivado, de uno u otro modo, otras que se hallan todavía en uso, como las de Italia, Dinamarca, Suiza, Suecia, Noruega, Islandia y Finlandia, en las que sólo varían los colores. Así que, al cabo de los siglos, el mismo símbolo que emplearon los Hospitalarios de las primeras Cruzadas volvió a ser de uso general en las naciones de tradición cristiana, para indicar los mismos principios. Sólo en el Irán queda sustituido por el león y el sol rojos, y en Turquía y en el Irak, por la media luna roja.

En las 16 conferencias celebradas por la Cruz Roja hasta 1938, los Hospitalarios han estado debidamente representados y han participado en las deliberaciones y desarrollo de los planes de sus trabajos. Su Cruz de Malta sigue siendo reconocida, al igual que la de la Cruz Roja, como símbolo de los neutrales no-combatientes. Además, para que su trabajo resulte neutral y verdaderamente internacional, no sólo se hallan representados en la Liga de las Naciones, en Ginebra, sino que mantienen contacto constante con el Comité Internacional de la Cruz Roja. También han tenido representación, desde 1920, en los Congresos Internacionales de Medicina Militar que se han venido celebrando en Bruselas, Roma, París, Varsovia, Londres, La Haya, Madrid y Bucarest.